

Juliana Hermil

Meditaciones breves

IV.—ETICA SEXUAL



DEPLORAN las gentes la disolución de los hogares. De los fenómenos sociológicos en que nuestra generación ha participado, sin duda que éste es el más recio y acaso el más trascendental. Ante nuestros propios ojos han ido desapareciendo las familias patriarcales; los caserones dilapidados de nuestros abuelos se subdividen hoy o se demuelen para ser convertidos en diminutas bombone-
ras en que apenas caben tres o cuatro personas. Las costumbres se han trastornado violentamente y nuestros padres se horrorizan de las licencias de sus nietos.

—¿Por qué no volver al respeto y a las virtudes domésticas de antaño?

Mientras la mujer sienta sobre ella el imperativo categórico de trabajar fuera de su casa para subvenir a su existencia, y los padres o hermanos acepten que tal colaboración femenina es indispensable dadas las circunstancias, ni las costumbres van a ser lo que hace cincuenta años, ni el matrimonio el arca de alian-

za inquebrantable, ni la familia el puerto de solidaridad que fué; porque familia, matrimonio y costumbres estaban cimentadas en la roca de la dedicación absoluta de la mujer a su función doméstica. Todo su mundo de intereses y de afectos cabía en los cuatro muros de su casa, y a ella estaba tan sólidamente atada que romper la ley doméstica era quebrantar todo refugio y seguridad para su vida entera. El recato femenino era un producto relativamente fácil en esas circunstancias.

—¿Qué le ha llamado más la atención en su viaje?—preguntéle a un amigo que regresaba de los países escandinavos.

—La libertad de las solteras—me respondió. Y añadió a renglón seguido:—Todas trabajan y se las estima como a los hombres, por su honradez, su lealtad, su eficiencia, sus condiciones de carácter, etc. La castidad ha dejado de ser la sola piedra de toque para aquilatarlas.

Formulé la misma pregunta a una amiga que retornaba de los Estados Unidos. La respuesta fué muy semejante.

—Lo que me ha extrañado más es la forma cómo viven las mujeres jóvenes. Trabajan en multitud de cosas y se sienten del todo independientes. Las más habitan solas en sus departamentos en donde reciben indistintamente amigos y amigas. ¿Son honestas? ¿No lo son? Nadie osa interrogarlas, y siempre que guarden los cánones de las apariencias sociales, reciben el homenaje de la consideración general.

Naturalmente, medido con la vara de los diez mandamientos, ello es profundamente inmoral; mas, con-

vengamos en que antes de que la mujer diera este paso, el hombre le había señalado camino, puesto que al muchacho independizado económicamente tampoco se le exige otra cosa, en este respecto, que discreción en la apariencia de su conducta. Se le aprecia por otras virtudes y no por la honestidad sobre la cual la gente no se atrevería a interrogarlo.

Esto que la sociedad le permite al joven, ¿es bueno o malo? De atenernos a la ley moral es malo; si a la luz que sobre estos problemas arroja la ciencia de psicólogos y fisiólogos es malo cuando resulta nocivo para la salud física y el progreso espiritual; en caso contrario, no.

Si preparáramos un balance de la moralidad sexual de los tiempos últimos, deberíamos colocar en un ítem la honestidad de la mayor parte de las mujeres, la licencia excesiva de la inmensa mayoría de los hombres y la esclavitud abyecta de un pequeño número de mujeres marcadas para servir de pasto a la bestialidad humana.

En la post-guerra no hay duda que la ética sexual ha sufrido un descenso extraordinario; pero ya ahora mismo la popularización de los preceptos higiénicos, el florecimiento de los deportes, y el que espíritus tan magistrales como el de Marañón en España, para no mencionar sino al que tenemos más cerca, prediquen en nuestro siglo acusado de inmoralidad, y a nombre de la ciencia, la excelsitud de la castidad voluntaria, indican una próxima disminución en el porcentaje de excesos en la conducta de hombres y mujeres de cultura más elevada. La total abolición de la esclavitud blanca

es otro paso que tiene que dar el mundo, de manera que, considerada en su conjunto, la perspectiva de la moral sexual en un porvenir cercano no va a presentar esos rasgos violentos y abruptos de ayer, sino una curva, ahora baja, pero con tendencia a subir a medida que en todas las estratas sociales vaya infiltrándose una mayor cultura científica y ética en estas materias.

Con esto, ¿volveríamos a las antiguas costumbres domésticas?

No lo creo. Mas, de ello hablaremos en otra ocasión.